

# EL AMIGO DEL POBRE

PUBLICACIÓN QUINCENAL

Con censura Eclesiástica

«Este precepto os es: que os améis los unos á los otros como yo os he amado.»

(JESUCRISTO Á SUS DISCÍPULOS)

## ¡MÁTEME USTED!...

Era una de esas jóvenes, educadas á la moderna, en cuyo cerebro ideal se refleja la vida á través del prisma totalmente utilitario.... Dos y dos son cuatro.... *Times is money*.

—¡Por aquí, doctor!... ¡Ah!... ¡qué cambiada va usted á encontrar á mi pobre abuelita!...

El doctor siguió á la joven, y al cabo de algunos instantes se encontraron ambos en la alcoba de la enferma.

La pobre anciana no hablaba.

Acostada en el lecho, con su plañosa y arrugada, sus cabellos incoloros y sus largos brazos descarnados, producía la impresión de un árbol vetusto arruinado por el tiempo. Sus labios ostentaban esa coloración purpúrea característica de los cancerosos. Había momentos en que todo su cuerpo se agitaba convulso, víctima de una invisible mordedura de los mil tentáculos que, extendidos interiormente por su cuerpo, se la iban comiendo viva....

—No hay esperanza...—dijo el doctor después de un rápido examen.

—¿Y á qué esperar?...—contestó la joven con voz tan tenue que apenas si turbó el silencio imponente de aquella reducida estancia.

—No comprendo lo que quiere usted decir, señorita...

—¡Pues es fácil de comprender, caballero!... Mi abuela está perdida y sufre inauditos dolores... ¿No parece á usted que sería una buena acción la de abreviar sus padecimientos?

—Hable usted más bajo... ¡pobrecita!... ¿No comprende usted que puede oír la su abuela?...

—¡Pero si es que ella opina lo mismo que yo!...

—¡Se lo ha dicho á usted su abuela?...

—No; pero estoy segura de ello...

El doctor salió de la alcoba, y un momento después volvió en la sala, miró fijamente á la joven.

—Pero, señorita, ¿es posible que usted me diga lo que acaba de manifestarme?... ¿Por quién me ha tomado usted?...

—¡Oh, doctor!...

—Sepa usted, señorita, que yo soy el médico; es decir, el único cuyo *sola razón de ser* consiste, precisamen-

te, en curar ó prolongar las enfermedades...

—Si yo hiciera lo que usted me pide, sería yo un verdugo... un asesino...

—Le aseguro á usted, doctor, que jamás creí provocar con mis palabras esa indignación...

—De modo que yo debería considerar como la cosa más natural del mundo, que una señorita venga á decirme: «Como quiero mucho á mi abuela, hágame usted el favor de matarla»...

—Mi abuela sufre inútilmente... y yo quiero que deje de sufrir... ¿Qué hay en esto de particular?...

—Pero no comprende usted, señorita, que admitir esas ideas de usted es lo mismo que establecer el asesinato legal en la sociedad?...

—¡Pero cuando ya no hay esperanza alguna!...

—¡Me indignan sus palabras de usted, señorita!... ¿Por ventura sé yo, ni sabe ningún médico, cuándo deja de haber esperanza?... Yo conocí á un labrador que quiso asfixiar, bajo una almohada, á un hijo suyo que presentaba todos los síntomas de la hidrofobia... Pues bien, el niño curó... no se sabe cómo...

Y por otra parte, si existe el derecho de anticiparse á la muerte en toda dolencia de evolución fatal, habría que matar á los tísicos en tercer grado que obstruyen las salas de nuestros Hospitales; á los cancerosos, á los incurables, á los paralíticos, á los ciegos... ¡Qué se yo!... Y luego á los locos, á los atacados por una de esas enfermedades morales que no tienen cura... ¿A dónde iríamos á parar con sus teorías de usted, señorita?... ¡Y qué campo tan fértil en facilidades para los que sueñan con probables herencias!...

Al llegar á este punto púsose la joven mas seria de lo que había estado desde la llegada del médico.

—Pero comprende usted doctor, que yo no deseo que se anticipe la muerte mas que á los que consientan en ello...

—¡Magnífico!... ¿Y cree usted que sería muy difícil obtener el consentimiento de los enfermos?... Yo conocí á una portera, cuyo esposo, había sido empleado en la fábrica del gas; padecía de laringitis tuberculosa.

y cada vez que pedía un vaso de tisana, le gritaba ella: «¡Haragán!»... ¿Por

qué no te decides á terminar tus males en el fondo del Canal?...

El pobre, que había pasado trabajando cincuenta años de su vida, lloraba!... Pero tantas veces se lo dijo su esposa, que un día se dejó convencer el pobre hombre y se tiró al canal de cabeza...

Si hubiera de matarse á los enfermos que lo piden, habría de acelerar la muerte á los que padecen dolor de muelas ó sufren los retortijones de un cólico... Yo visito á una señora que me suplica que la mate cada vez que hace al mundo el regalo de un bebé...

—Doctor, vuelvo á decir á usted que yo no esperaba...

—¡Ah!... ni yo tampoco... Ahí veo un Crucifijo... ¿Es usted católica?...

—¡Ya lo creo!...

—¿Y cómo olvida usted entonces aquel mandamiento que dice, *no matarás?*...

—¿Y cuando se vé á una persona sufrir inútilmente...?

—¡Sepa usted señorita, que no existen sufrimientos *inútiles!*... ni uno siquiera, del cual no pueda aprovecharse el hombre... ni uno que no pueda convertirse en ejemplo para los que rodean al que sufre. El dolor es la moneda con que se paga la entrada en la morada de Cristo... ¡Aun para interesar á las gentes del mundo es necesario haber sufrido... la corona de laureles busca siempre, con preferencia, la frente de los mártires!

—Yo he leído que en el Ohio se va á presentar un proyecto de ley...

—¡Oh... señorita... en el Ohio!...

El doctor se despidió; pero al llegar á la antesala, antes de abrir la puerta, se detuvo, y encarándose con la joven, la dijo.

—Le advierto á usted que su abuela es *mi enferma*... Defenderé su vida contra todo el mundo... contra usted misma si es preciso... Si se aumenta la dosis de morfina, la denunciaré á usted á la Policía...

Al contemplar á la joven, tan serena y tranquila como la estatua clásica, sin que el mas leve sentimiento de piedad perturbara la armonía de los músculos de su rostro, no pudo por menos de pensar en tanto bajaba la escalera:

—¿Y esta es la generación que viene á sucedernos?... ¿Y estas cosas pueden suceder mil novecientos años después del advenimiento de Nuestro Señor Jesucristo?... ¿O es que yo

sueño y estamos en el año 2.000 antes de su llegada?...

Era aquella, como decimos al principio, una de esas jóvenes educadas á la moderna, en cuyo cerebro sin ideal se refleja la vida á través de un prisma totalmente utilitario... Dos y dos son cuatro... Times is money...

Pierre l'Ermite.

El borracho y el borrico

Juan, borracho, montóse en un jumento Que, hallándose sediento, A beber dirigióse prontamente Al profundo pilón de una gran fuente. El borracho en la jarma tambaleando, —Bebe más le decía, que esa bota. Aunque te echas buen trago no se agota. Replicó el animal. —¿Qué estás hablando? Oye, Juan: aunque soy burro ignorante, No he de hacer lo que tú, que largas horas Bebiendo en la taberna, siempre ignoras Cuando tienes bebido lo bastante. —¿Qué excelente verdad!, dijo un arriero, Mas grave que lo hiciera Sancho Panza: ¿No miras hombre ruiñ y maja ero, Que en un abrevadero Te da el burro lecciones de templanza?

E. Z.

FLORES MÍSTICAS

Muertes heroicas.—Un formidable incendio destruyó hace poco el orfanato de Torgene en la Sajonia prusiana, el cual estaba confiado á unas religiosas.

De los 24 huerfanitos, 22 fueron salvados en los primeros momentos, y para salvar los dos que faltaban entraron en el edificio ardiendo, las Hermanas Cristina y Clara, de veinticuatro y veintinueve años respectivamente, que perecieron abrasadas, víctimas de su heroísmo, habiendo sido encontrado el cadáver carbonizado de la primera con uno de los niños entre sus brazos y, cerca, el de la segunda, también carbonizado.

Toda la prensa alemana, sin distinción de opiniones, hace justos elogios de la heroica conducta de aquellas jóvenes religiosas.

Víctima de su deber.—En el naufragio del buque escuela de Bélgica, que ocurrió el 18 de Abril último, perecieron 33 tripulantes y entre ellos el capellán, quien á pesar de ser instado para que se embarcase en un bote salvavidas, en unión de los 26 que sobrevivieron á la catástrofe, se negó á abandonar el puente, desde donde bendijo á los que se alejaban en dicho bote, consagrándose después á ejercer su sagrado ministerio con los que no habían podido abandonar el navío, hasta que yéndose á pique éste, fué con él sepultado en el mar, después de dar la absolución á todos sus compañeros de infortunio.

¡OTRA VEZ Á SUS PUESTOS!

Sabido es que con el triunfo de la revolución que destruyó el imperio de los Braganzas y proclamó la República brasileña, atea y positivista, de golpe y porrazo llegan sus directores á lo que Combes realizó mucho después en Francia, esto es, á la separación de la Iglesia y el Estado, escuela laica, cementerio civil, etc. etc.

En su consecuencia, la imagen de Cristo fué violentamente arrancada de las escuelas y de los Tribunales, y así continuaron las cosas hasta estos tiempos en que el número de indiferentes en religión ha disminuido considerablemente como lo evidencian las iglesias que en los últimos días del imperio veíanse casi vacías de ordinario y hoy están repletas diariamente de fieles, en suma, que los habitantes del Brasil sentían la nostalgia del espíritu católico y á él se vé que quieren volver. Pruebas plenas de esto que decimos se dan en el magnífico recibimiento hecho al señor Obispo de Rio Janeiro en la capital de su diócesis y de toda la República, de regreso de Roma, donde recibió de Su Santidad la Sagrada púrpura, y, lo que es más de significar, el restablecimiento de los Crucifijos en las salas de los Juzgados y Tribunales, especialmente en el Tribunal superior decretado por el mismo Gobierno.

Hé aquí como lo refiere un diario católico de la corte:

«Jesús Crucificado no ha vuelto á su sala á hurtadillas y como indultado, sino triunfante y vencedor, recibiendo el más hermoso é imponente homenaje de desagravio y adoración.

El 30 de Abril tuvo lugar esta ceremonia grandiosísima y por todo extremo conmovedora. Rio Janeiro entera ha tomado parte activa en ella; los sectarios se encogieron, no dijeron nada en contra, atemorizados y como sobrecogidos ante el magno espectáculo. Más de diez mil personas con estandartes y banderas fueron escoltando al cura párroco, que llevó procesionalmente la imagen del Redentor desde la iglesia en que estuvo depositado hasta el Palacio de Justicia; una muchedumbre inmensa llenaba las calles y los balcones, engalanados con vistosas colgaduras.

A las cuatro y media de la tarde llegaba el triunfal cortejo al Palacio. Salieron á la puerta el presidente y los magistrados; el primero tomó el Crucifijo de manos del párroco y le besó devotamente los pies. Entonces, dicen los testigos presenciales de la escena, fué un momento indescriptible de emoción y de vítores, aplausos y toda suerte de gritos salidos del alma, expresión del entusiasmo más ardiente.

El presidente colocó la imagen sobre la mesa del Tribunal, y el padre Julio Maria, que es uno de los predicadores más afamados del Brasil, pronunció un discurso adecuado á

las circunstancias, poniendo por tema de él, no palabras de ningún Santo Padre, sino aquellas de Franklin: «Sin Dios no es posible gobernar en la democracia.»

En esta lucha implacable entre el bien y el mal, propia de todos los siglos, pero especialmente agravada en nuestra edad, se reciben golpes y se sufren reveses; pero no todos son golpes y reveses. Nosotros creemos que dentro de algunos años, quizás muchos menos de los que se figuran algunos, lo que ahora se cuenta del Brasil habrá que contarlo de Francia y de todos los pueblos que caigan bajo el yugo de los sectarios.

EL HUÉRFANO

Hallábanse en un tranvía unos cuantos presumidos, cuando al lado de ellos tomó asiento un sacerdote de grave y modesto continente.

—¡Oh, señor cura!—dijo uno más atrevido que los demás.—Ud. sin duda sabrá la gran noticia?

—No, señor, como Ud. no me la diga—replicó el sacerdote:—no leo los periódicos de gran circulación.

—¿Cómo? ¿no la sabe Vd? Si no se habla de otra cosa!

—Repito que no sé absolutamente nada.

—Entonces me honraré comunicando á Ud. la gran noticia... ¡El diablo ha muerto!

—¿De vera?—repuso el sacerdote—Pues le acompaño en el sentimiento y... como yo siempre me he compadecido de los huérfanos, suplico á Vd. acepte esta moneda por vía de limosna.

Todos los que se hallaban en el coche prorrumpieron en una ruidosa carcajada y el burlador, más corrido que una mona, se bajó del coche amostazado y fosco.

HERMOSA PROTESTA

Tenemos sumo gusto en insertar la siguiente protesta que publica «La Voz de Valencia»:

Nosotros, los obreros abajo firmados, que hemos practicado en los días de Pascua los santos Ejercicios espirituales en la Casa de la Purísima de la villa de Alacuás, bajo la dirección de los Reverendos Padres Juan Juan y Carlos Ferris, altamente agradecidos á los innumerables beneficios que hemos recibido de los Reverendos Padres antes citados de la Compañía de Jesús, no solamente espirituales, sino también corporales, conociendo ahora mejor que nunca el verdadero camino para salvarse, y como frutos sacados de estos santos Ejercicios, antes de salir de la misma Casa hacemos esta manifestación salida de lo íntimo de nuestros corazones.

Y al efecto, prometemos y juramos y es nuestra determinación firme, con el favor y ayuda de la Santísima Virgen, nuestra Patrona, vivir y morir en la fé de la Iglesia Católica, Apostólica Romana, fuera de la cual no hay salvación. Creemos y aproba-

mos cuanto ella cree y aprueba, y condenamos y detestamos cuanto ella detesta y condena. Y como especial devoción á la Inmaculada, creemos y abrazamos con toda nuestra alma el Dogma de la Concepción sin mancha de María, y procuraremos propagarlo y defenderlo hasta morir por él si es necesario.

Igualmente prometemos y hacemos irrevocable propósito de no favorecer con la suscripción, con la lectura, con los anuncios ó de otra cualquier manera las publicaciones malas reprobadas por los señores Obispos, cuantos expongan, propaguen y defiendan errores, escándalos y herejías, trastornando las inteligencias, corrompiendo los corazones y atizando el fuego de todas las concupiscencias; y al contrario, prometemos favorecer en cuánto podamos la Prensa buena, sana y puramente católica, según los Mandamientos y deseos de nuestra Santa Madre la Iglesia. Finalmente, pedimos al Sacratísimo Corazón de Jesús que estas nuestras promesas nos acompañen toda nuestra vida y que sean como una recomendación para el Cielo.

Y es nuestro deseo que se haga pública, si es para mayor honra y gloria de Dios Nuestro Señor, esta nuestra manifestación.

Y para que conste, firmamos la presente en la Casa de la Purísima Concepción, situada en el término de la católica villa de Alacuás, á 6 de Junio de 1906.

Firman esta hermosa protesta más de cuarenta obreros.

EN EL COMBATE

En el combate estamos: díganlo sino las victorias verdaderamente gloriosas de nuestra santa religión.

Días después del horrible atentado asistíamos al bautismo, á la confirmación y á la comunión de un cismático ruso convertido al catolicismo.

Fué bautizado por nuestro amantísimo prelado, el excelentísimo señor obispo de Madrid-Alcalá; era padrino del catecúmeno el señor conde de Benalúa. Las ceremonias se verificaron en el salón del Trono y en la capilla del palacio episcopal, con asistencia del Padre López, S. J., instructor del converso; el canónigo del Sacro-Monte, don Francisco Sebastián; el señor Brieva y los sacerdotes y familiares del prelado.

El catecúmeno es un hombre en la plenitud de la vida; un caballero distinguido, un sabio que goza de nombradía y respetabilidad en España; un ingeniero al que deben, sin duda alguna, el impulso más poderoso en su evolución progresiva la agricultura y las industrias agrícolas de la España meridional: es Carlos Gustavo Henes, jefe-director de una importantísima Empresa fundada y sostenida por el Conde de Benalúa.

No ha sido la conversión de este caballero obra instantánea ni puramente sentimental, sino resultado de un estudio preciso, comparativo, sereno, de la religión cismática y de la santa religión verdadera.

—No podrá decirse que se ha visto el sabio señor Henes bloqueado... por curas ó beatos... Sus amigos, y yo el primero, porque es mi guía y maestro... unos son indiferentes, á otros les sucede como á mí: creemos, cumplimos nuestros deberes religiosos... pero en fin, somos, bien lo sabe la gente, hombres de mundo...

Si, victoria que consigue nuestra religión entre los sabios... cuanto más audaz, procaz y bárbara es la guerra que hacen á Dios y á su Iglesia los necios, los semicultos, los charlatanes, los folicularios... los malvados y los imbéciles.

Quiera Dios que todos, todos los días podamos contar nuevas conversiones; quiera Dios que, si la persecución persiste y crece en furia, nos sea dado morir; pero con la dicha de poder, en alta voz, confesar á Cristo y sufrir el martirio sonrientes, gozosos de que al menos por éste... haya en nosotros alguna semejanza—siquiera infinitamente pequeña—con el Dios que murió por nosotros, por todos los hombres.

JOSÉ ZAHONERO.

CHARLA

—¡Caramba, Arturo, ¿qué tienes hoy que parece te veo en actitud bélica?

—Vengo dispuesto á reñir con V.

—Conmigo... ¡hombre y por qué?

—Porque sé me ha de llevar V. la contraria en lo que le voy á decir.

—En tal caso discutiremos, pero reñir... no, amigo, no.

—Bueno, quise decir que discutiremos y fuerte, y hasta doy por segura para mí la victoria.

—Bien, pues lánzate ya á la pelea y ¡ánimo!

—Acabo de leer en este papel...

—¡Uf! mal papel es ese, parece mentira que tú, un buen muchacho, compres esos enjendros.

—No, no lo compré, me lo prestó uno del taller... pero no hace al caso; ello es que estoy conforme con una cosa que trae este papel y eso que es malo.

—¿Qué cosa es ella, amigo Arturo?

—Que dice que el Gobierno debe de establecer la libertad de cultos por que es necesaria en las actuales circunstancias y además por que lo piden gran número de españoles... y además por que la tienen las otras naciones y nosotros estamos muy atrasados y además para evitar lucha instantánea. Sí, señor, me parece bien la medida si con ella se han de evitar muchas desgracias, y ya ve V. que á mí me gusta

la religión católica y la profesó y quisiera que todos la profesasen, pero como no es cosa de imponerla por la fuerza, hay que dejar á cada uno con la suya, y no volver á los antiguos tiempos de la... intolerancia clerical...

—No debes de hallarte muy seguro con tus argumentos cuando temes que yo vaya á llevarte la contraria. Si todo eso que acabas de soltar es la pura verdad, ¿por qué una persona de recto sentido va á oponerse á ella?

—¿Qué se yo? á veces por *ocecación*.

—Mira, tú eres un muchacho honradísimo, buen esposo, buen padre, buen trabajador, buen católico, que es lo principal, y en tus observaciones, cuando son erróneas, no obras por sistema, sino por ignorancia del asunto y deseos de ilustrarte ¿verdad?

—Ah, eso ya sabe V. qué sí! ante todo la verdad y la honradez.

—Pues bien, si lo que tú acabas de decirme lo rebato yo con argumentos de valía, de autoridad, de peso y de sentido común, darás tu *discurso* por no pronunciado y te acogerás á la verdad ¿no es cierto?

—Desde luego, pero no se que *argumentos* me va V. á sacar, porque lo que dice este papel de eso de la libertad de cultos no tiene vuelta de hoja.

—Vamos á verlo.

—Todo soy oídos.

—Partamos del principio, es decir, llevemos las cosas ordenadamente. ¿Cuál es el objeto, el fin principal del Gobierno de un pueblo? ¿No es el mirar por los intereses comunales de éste, el administrar justicia, el reprimir todo lo malo y proteger todo lo bueno, en una palabra, el procurar la felicidad, en cuanto sea posible acá en la tierra, de los ciudadanos puestos bajo la custodia de ese gobierno?

—Claro como el agua, y si un gobierno no sirve para todo eso que se retire.

—Perfectamente. Ahora bien, el gobierno de una nación católica, ¿no debe velar por la religión del Estado, valido de su autoridad y medios? ¿no debe prohibir cuanto á ella ataque, cuanto ponga en peligro el bien espiritual de los ciudadanos? Si quien puede trabajar por el bien del prójimo no lo hace ¿qué merece?

Luego el gobierno que dieto la libertad de cultos ni se porta como católico, ni como buen político ni siquiera como simple celador del bien de los pueblos.

—Mucho decir es eso en pocas palabras.

—Demostraré lo dicho.

No se porta como buen católico pues olvida ó parece olvidar lo que el mismo Dios en el Antiguo Testamento así mandó: *No habitarán en vuestra tierra (los sectarios de otra religión), no sea que os hagan pecar contra mí con servir á sus dioses, lo que*

sería ciertamente vuestra ruina, y lo que luego en el Nuevo repite de una manera más explícita: Si alguno viene á vosotros, y no trae esta doctrina, no le recibáis en casa, ni le saludéis: porque que quien le saluda comunica con sus acciones perversas.

—Habló el mismo Dios y punto en boca todo el mundo, pero yo creo que mirando así las cosas de tejas abajo, el culto católico nada perdería con la competencia de otros...

—La Iglesia Católica no peligraría porque á pesar de todos los combates de la maldad ha de conservarse incómovible hasta la consumación de los siglos, según promesa de su Divino Fundador y ya tú ves cómo por mucho que trabajaron y trabajan los malos no la pueden destruir, pero ¿cómo puede pensarse que no corre peligro un solo culto en competencia con otros? Pues qué la seducción, la curiosidad, el escándalo y las malas artes de los sectarios, no son agentes que sinceramente se emplean en favor de otros cultos desde el instante que son admitidos?

Desde este momento en que se franquea la entrada á otras religiones ten en cuenta que son muchas en número, pero ninguna en realidad. La duda se apodera de los ánimos, la ansiedad la acompaña, la frialdad la sigue, viene la indiferencia y lo que principió por quererlas todas concluye por no practicar ninguna. Religión no puede haber más que una, la Católica Apostólica Romana, fuera de la cual no hay salvación. Ya tú ves qué responsabilidad tan grande la de esos gobiernos católicos que autorizando la libertad de cultos ponen en ocasión próxima de perderse á tantas almas.

—La verdad que en esto lleva usted razón; es cosa seria y con las cosas serias no debe de jugarse, pero ¿qué me dice V. cuando la opinión pública lo reclama? ¿no debe un gobierno admitir esa libertad de cultos entonces?

—Cuando una inmensa mayoría así lo reclamaba ha llegado á usarse en otras naciones esta medida á fin de evitar mayores males. En nuestra España no hay motivo para ello.

¿Que lo reclama la opinión? Faltábase haber añadido de cuatro periodistas rotativos que por odio á la Religión Católica ven bien cuanto la combate, pero voy á concederte que son muchos más los que abogan por esta libertad de cultos. En tal caso serán todos aquellos que profesan distinta religión de la católica, pues los indiferentes, como ninguna practican, tanto les da por una como por otra.

—Pues esos que la piden, son la inmensa mayoría, por que ya V. vé, el mundo está perdido.

—Precisamente tengo á mano unos datos estadísticos de esta inmensa mayoría. Escucha:

«Hace pocos años había en España frente á dieciocho millones de cató-

licos. 402 israelitas, 6.654 evangélicos (de distintas denominaciones), 450 librepensadores (según manifestaciones propias), 358 indiferentes, 258 espiritistas, 236 racionalistas, 147 deistas, 104 ateos, 19 partidarios de la moral universal, 16 idem de la natural, 3 idem de la conciencia, 1 idem de la moral especulativa ó racional, 9 positivistas, 3 materialistas, 281 mahometanos, 208 budhistas, 16 paganos, 4 creyentes de Confucio y 7.982 sin confesión religiosa expresa ó declarada.»

¿Ni siquiera 20.000 anticatólicos en una nación de más de 18.000.000 de habitantes.

Y para satisfacer los deseos de estos 20.000 anticatólicos que ni siquiera se habrán cuidado de pedir tal libertad de cultos, porque de hecho, desgraciadamente, ya la tienen, se expone un gobierno á lastimar los sentimientos católicos de 18.000.000 de españoles? ¿No te parece que es demostrar poco acierto, poco tacto político, exponer al pueblo con tan quimérica disposición á terribles luchas religiosas, al desquiciamiento completo del orden social?

—Hay en mi taller un rapaz también muy leído que siempre está discutiendo de estas cosas; ¿quiere usted que se lo traiga un día para que él le exponga lo que yo no acierto á explicarle?

—Si el objeto tuyo y el de él ha de ser el conocimiento de la verdad para practicarla, me presto gustoso á ello; ahora si lo que pretende es pasar un rato de charla por que sí, entonces... tráelo también, bueno es hablar mucho de estos asuntos, algo queda.

—Pues hasta otro día, que vendremos los dos.

—Adiós.

NOTICIAS Y COMENTARIOS

Forzado homenaje.—La epidemia de fiebres perniciosas en Charente (Francia) ha tomado las proporciones de una calamidad pública.

Como hacían falta enfermeras para cuidar á los atacados, se pidieron al hospital de Angulema que no pudo proporcionarlas. En el apuro, la administración se ha dirigido... á las Hermanas de la Caridad.

Estas han acudido inmediatamente al lugar del peligro. De seguro que algunas de ellas serán víctimas de su abnegación, como se ha visto hace poco en Madrid.

Una vez mas han tenido que recurrir los perseguidores á la Caridad que solo inspira la Fé.

Un acto edificante.—Un numeroso grupo de obreros realizaron en los primeros días del pasado mes la tradición al peregrinación del Ramo á la cumbre del Tibidabo, como muestra de devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Los peregrinos subieron á pie hasta la cima, practicando el Via Crucis

y rezando el Rosario. La muchedumbre que llenaba la plaza del Restaurant, admiró y respetó el conmovedor acto, siendo muchos los que se juntaron la devoción comitiva, acompañándola hasta la capilla provisional; allí los peregrinos ofrecieron al Sagado Corazón un ramo como símbolo de sus corazones y de las ofrendas que la pobreza no les permite hacer. En dicho sitio se cantaron diversas letrillas al Sagrado Corazón de Jesús, y un Padre salesiano dirigió fervorosas palabras á los romeros encomiando su piedad y exhortándolos á permanecer firmes en la devoción al Corazón de Jesús, procurando difundirla entre sus compañeros de trabajo.

Contra los gérmenes anarquistas.—El alcalde de Vigo ha reunido á los librereros y vendedores de periódicos para expresarles su propósito de que no se vendan en aquella ciudad libros y revistas inmorales.

Al propio tiempo les manifestó que está dispuesto á girar una visita á todas las librerías y despachos de periódicos y revistas para cerciorarse de que no existen dichas publicaciones, incautándose de aquellas que estén reñidas con la moral, para inutilizarlas.

Mucho malo se podría evitar si las autoridades quisieran cumplir con su deber.

«El Amigo del Pobre»

Siendo el fin principal de nuestra publicación dar al obrero lectura sana á la vez que recreativa, instruyéndole de paso en sus deberes de católico y de ciudadano, al celo de las buenas almas por el bien de las clases populares nos encomendamos suplicándoles su ayuda, moral y material.

Precios de suscripción

200 números al mes ó sean 100 cada quincena, que el suscriptor puede repartir por su cuenta. . . . .	7 pts. al mes
100 núms. (50 por quincena)..	4 » al »
50 » (25 » » )..	2 » al »
24 » (12 » » )..	1 » al »
10 » ( 5 » » )..	0'50 al »

Agradeceríamos mucho á nuestros favorecedores efectuasen los pagos por adelantado.

Proponiéndonos repartir esta publicación por cárceles, tabernas y otros sitios públicos, advertimos á los señores que se suscriban, que si no quieren recibir más que un número dejando los demás que les correspondan para que los distribuyamos nosotros, serán religiosamente cumplidos sus deseos, para lo cual contamos con activos corresponsales.

La correspondencia al Director, calle de S. Francisco de Paula.

Los encargos y suscripciones de la localidad en el comercio «La Epoca», San Bernardo, 23.

En Madrid, Librería de D. Enrique Hernández, Paz, 6.